

## CAPITULO XLVII.

Alberoni.—Sus gestiones para realizar el segundo matrimonio del Rey.

El año 1715 fué verdaderamente fatal para los monarcas de Europa. Dentro de él, y llevándose muy poco, murieron la reina de España, primera esposa de Felipe V, y despues el duque de Berry y la reina Ana de Inglaterra.

En España, con la muerte de la Reina, se hizo sentir más el cambio á causa de la princesa de los Ursinos, que volvió á cobrar gran ascendiente en el ánimo del Rey, que se determinó claramente á los ojos de todos por los actos que realizaba. Ella fué la causa de que el Rey quitara el poder al cardenal de Giudice para entregarlo á su ahijado Orry, pues de esta manera tenía la absoluta seguridad de que en las esferas gubernamentales se haría cuanto ella quisiera, cosa no fácil de conseguir estando en el poder el cardenal de Giudice, hombre grave y formal que, sobre no mostrarse dispuesto á secundar sus intentos, miraba á la Princesa con sobrada prevención y desconfianza; ella quien, como hemos hecho mención, fué la que por una mira puramente personal hizo diferir la firma de los tratados de paz, asuntos á los que nos hemos referido en capítulos anteriores, y ella, en fin, la que, cegada por una loca y desmedida ambición, aspiró á adquirir ciertos derechos con respecto al Rey, que vedados le estaban hasta por la edad, lo que fué causa de no pequeños escándalos, que, en vez de evitar como á su estado y condicion convenia, parece tuvo empeño en fomentar.

Convencida al fin de que nada por sí podría conseguir, y conociendo que el Rey deseaba contraer nuevas nupcias, que por otro lado le eran necesarias, dados sus hábitos y su fuerte naturaleza, la princesa de los Ursinos trabajó desde aquel momento para que la nueva reina tuviese las mismas prendas de carácter que la anterior, gracias á lo que esperaba que seguiría su privanza y valimiento.

Luis XIV proponía á su nieto una princesa de Portugal ó de Baviera, ó una hija del príncipe de Condé, pero una circunstancia especial fué causa de que en aquella ocasion se desoyera al monarca francés, y que el rey de España, siguiendo los consejos é indicaciones, eligiera para su matrimonio á Isabel de Farnesio, hija del duque de Parma. A la de los Ursinos convenia grandemente que la que viniera á partir el solio español con D. Felipe, tuviera un carácter dulce, tranquilo y descuidado, y estas condiciones ninguna princesa las reunía hasta el grado que la de Parma, segun el abate Alberoni, que á la sazón se hallaba en Madrid representando aquel ducado. El artificioso italiano hizo caer á la astuta cortesana, y con ello principió en España la preponderancia del que tan buen partido supo sacar de nuestros asuntos, en provecho propio.

Este hombre, de quien tan contradictorios juicios se han emitido despues de su muerte, y que tanta influencia gozó en el período histórico que nos ocupa, había nacido en Fiorenzuola, villa del ducado de Parma, el 30 de marzo de 1664, siendo su padre un pobre jardinero, por lo que su primera educacion fué bastante descuidada, sin que se aplicara en sus tiernos años á otra cosa que á ayudar á su padre en las rudas faenas de su oficio. Contaba catorce años cuando fué á Placencia á desempeñar el cargo de sacristan de una de las parroquias, y advirtiendo un sacerdote su disposicion, le enseñó á leer, ingresando poco despues en el colegio de los Barbaritas, donde en poco tiempo hizo grandes progresos en todas las ciencias del saber humano.

En su larga carrera tropezó siempre con poderosos protectores que coadyuvaron notablemente á que consiguiera los elevados puestos que obtuvo; pero justo es confesar los méritos de que se hallaba adornado, gracias á los que supo sostenerse y esquivar los escollos que contra él se presentaron, y ante los que cualquier otro se hubiera estrellado. Cuando el conde de Barni fué elevado á la dignidad episcopal en Placencia, nombró su mayordomo á Alberoni, cargo para el que se convenció al poco tiempo no servía, por lo que, no queriendo dejar de favorecerle, lo ordenó de sacerdote y le dió una canonjía; más tarde, continuando la decidida proteccion del Conde, fué designado para acompañar á su sobrino á Roma, viaje del que obtuvo gran partido, pues entre otras muchas cosas, aprendió allí la lengua francesa, á que tantos beneficios llegaría á deber más tarde.

En la capital del orbe católico principió á entrar en relaciones con importantes personajes, entre los que se contaban el conde Alejandro de Roucovieire, que á la sazón tenía el cargo de enviado del duque de Parma cerca del príncipe de Vendome, generalísimo de las tropas francesas en Italia.

Aprovechando la circunstancia de que Alberoni sabía frances, Roucovieire le llevó consigo á las conferencias para que sirviera de intérprete, y desde luégo el favorecido del conde de Barni lo principió á ser del príncipe frances, cuyas simpatías supo captarse desde las primeras entrevistas, así como tambien el de todos los jefes superiores á quienes cautivaba por su carácter insinuante y su genio alegre.

Roucovieire, á quien disgustaban sobremanera los bruscos modales del general frances, aprovechó esta circunstancia, y sin mostrarse envidioso del partido que en poco tiempo había sabido con-

quistar Alberoni, á quien Vendome llamaba ya *mi querido abate*, lo recomendó al príncipe de Parma para el puesto que él ocupaba, á lo cual accedió el Duque, dándole ademas una canonjía en Parma con objeto de que pudiera vivir decorosamente.

Llegó á ser tal el cariño que le cobró el príncipe de Vendome, que cuando marchó de Italia le suplicó, y aún se empeñó formalmente en llevarlo consigo á Francia, donde le presentó al Rey, siendo recibido con gran afabilidad. Permaneció algun tiempo en la corte francesa, ganando en relaciones y conocimientos, y cuando Vendome fué destinado á Flándes, le acompañó Alberoni, sirviéndole de consejero y de secretario íntimo, auxiliándole no poco con sus observaciones, fino tacto y gran conocimiento del mundo y del corazon humano.

Terminada la campaña en Flándes, volvió con su protector y amigo á Paris, donde Luis XIV acabó de convencerse de los relevantes méritos que adornaban á aquel hombre, y lo agració con una pension de mil seiscientas libras tornesas.

Nombrado Vendome generalísimo de las tropas en España, trájose consigo á Alberoni, y en nuestra patria, como en los países donde anteriormente había estado, supo captarse inmediatamente la voluntad de todos los más encumbrados personajes, procurando al mismo tiempo que el de aquellos por quienes se interesaba, su interes personal, lo cual en esta ocasion consiguió realizar haciendo que Felipe V le concediera una pension de cuatro mil pesos sobre las rentas del arzobispado de Toledo.

Grandes fueron las preocupaciones de Alberoni despues de tener el sentimiento de ver morir á su protector el príncipe de Vendome; creyó que sus proyectos fracasarían por completo, pero le animó nuevamente el que despues de pasar á Francia á dar extensa cuenta del estado en que se hallaban los asuntos de España, volvió de allí muy recomendado por el monarca francés, consiguiendo al poco tiempo ser nombrado enviado del duque de Parma en Madrid.

Russet, que es tal vez el mejor biógrafo de este personaje, dice ocupándose de él: «Mantiene el puesto á que la fortuna lo ha elevado, con la gravedad de un grande de España, pero razonada con aquella astucia tan natural á los italianos, que temple todo lo que la fiera de un grande tiene de insoportable y ofensivo. En las funciones de su ministerio sostiene todas las prerogativas con una altivez que no le atrae el afecto de los grandes, pero que no nace tanto de él como de su dignidad. Laborioso hasta el exceso, se le ha visto trabajar muchas veces diez y ocho horas seguidas, y de esta grande aplicacion y de su natural inclinacion procede ese alejamiento de toda diversion de cualquier género que sea. Tan afable con los pequeños como orgulloso con los grandes, siempre está seguro de ganar su afecto cuando le sea necesario. Disimulado como conviene á un buen político, rara vez dice lo que piensa y casi nunca hace lo que dice; italiano, y por consiguiente sensible al cruel placer de la venganza, no sabe lo que es perdonar cuando se le ha ofendido, y si la ficcion le obliga á diferir la venganza, es para tomarla con más seguridad y de un modo más fuerte.»

Con tan relevantes condiciones, hijas del portentoso talento con que lo había dotado la naturaleza, y tan grande aptitud para la política, supo granjearse el afecto del Rey, tuvo por amigo á Macanaz, y logró adquirir de tal modo la confianza de la princesa de los Ursinos, que ésta, confiada en él, fué á quien más consultó acerca de la eleccion de la princesa que, por las noticias de su carácter, podía influir para que llegara á ser reina de España sin que en nada ni por nada perjudicara á sus intereses, sino que, ántes al contrario, fuese parecida á la difunta Reina, y le permitiera seguir como hasta entónces había estado.

Entónces fué cuando Alberoni habló con gran tacto de Isabel Farnesio de Parma, como de la reina que más convenia á las intenciones que en su confianza había manifestado la Princesa.

Fiada en Alberoni la de los Ursinos, puso de su parte cuanto pudo, inclinó el ánimo del Rey, y todo estaba ya acordado para la celebracion del matrimonio, faltando sólo el consentimiento de Luis XIV, y hasta esto consiguió, enviando á su sobrino el conde de Chalais, que tan buena maña se dió, que, á pesar de la sorpresa que manifestara y del poco gusto que aquello le causó, accedió al fin, diciendo:—«Que se case, por cuanto lo quiere.»

Cuando tanto la Princesa había trabajado por aquel enlace y todo lo tenía ya conseguido faltando sólo su realizacion, supo que lo que Alberoni le había dicho de la hija del duque de Parma no era cierto, y procuró evitar aquel casamiento, apelando á la intriga y procurando demostrar que por ningun concepto convenia al Rey aquel enlace que, si Alberoni aconsejaba, era sólo llevado del interes, pues ocupando el trono de España una reina compatriota suya habían de ser grandes los beneficios y honores que esperara. Pero mal podía ser creída la que poco ántes había influido para que sólo con la de Parma se contrajera aquel matrimonio, asegurando que ninguna de las princesas que al Rey se proponían tenía condiciones para semejante puesto, por lo que habiendo acudido tarde, desde aquel momento principió á declinar la estrella que tanto la había favorecido en sus intrigas.



LA PRINCESA DE LOS URSINOS Y LA REINA ISABEL DE FARNESIO

## CAPITULO XLVIII.

Brusca despedida de la princesa de los Ursinos por la segunda esposa de Felipe V.

No bien hubo regresado á la corte el conde de Chalais que, como hemos dicho, había sido enviado para obtener la permisión del monarca francés, tan pronto como Felipe V supo que su abuelo asentía, hizo pedir en toda forma la mano de la Princesa á los duques de Parma por mediación del cardenal Aquaviva, que se hallaba en Roma.

Ningun impedimento pusieron los Duques, y á partir de aquel momento se activaron tanto los preparativos del matrimonio, que el 16 de setiembre de 1714 se celebró por poderes en Parma, á pesar de la ruda oposición que, como hemos dicho en otro lugar, manifestó la princesa de los Ursinos, al ocuparse de la cual ha manifestado un ilustre historiador, que no faltó quien dijera que la Princesa consoló al Rey de su alicción con más interés que el de la compasión, el de la amistad y el del agradecimiento, y que el cariño que le mostraba el Monarca infundió en ella la aspiración ó por lo ménos la idea de la posibilidad de sentarse en el trono.

Esta especie, nacida acaso de los atractivos personales que aún conservaba la Princesa, á pesar de su edad ya avanzada, de su gracia, de su viveza y de su talento, y de la especial confianza con que el Rey la distinguió, no creemos tuviera más fundamento que las aseeraciones sospechosas de Alberoni y algun dicho que se ha atribuido al mismo Monarca. Uno de los historiadores que han indicado esta especie añade luégo: «Pero este proyecto, si existió, ha debido quedar luégo cubierto con un velo impenetrable...» Y entregando estas observaciones al juicio de las personas que gustan de penetrar los secretos de la vida privada, es por lo ménos fuera de toda duda que la Princesa tenía interés, como era natural, en contribuir á la elección de una soberana que le fuera tan propicia como la última.

Acompañada de un brillante y lucido cortejo, la nueva Reina emprendió su viaje en dirección á España, haciéndolo por tierra, cruzando la Francia. Tan pronto como hubo llegado á la frontera despidió á la servidumbre italiana que traía en su compañía, quedándose sólo con la marquesa de Piombino.

Dos días se detuvo en San Juan de Pié de Puerto, donde se hallaba la reina viuda de Carlos II, su tía, á quien visitó, y con quien largamente conferenció, siendo esta conferencia de fatales resultados para la de los Ursinos, pues allí principió la nueva Reina á saber quién era aquella mujer que tanta influencia tenía en el ánimo del Rey, conocimiento que se aumentó y por el que pudo afirmarse en contra de la Princesa en la entrevista que celebrara en Pamplona con Alberoni, que hasta allí había salido á recibirla el enviado del duque de Parma.

Por más que esto sea sólo una suposición, puede admitirse como fundada, pues, como más adelante veremos, los propósitos del italiano eran por demás ambiciosos, y comprendía que si la Princesa continuaba disfrutando en la corte la misma confianza que hasta entonces había tenido, sería, sin que pudiera dudarlo, una rémora para sus ulteriores propósitos.

El Rey, acompañado de los más notables personajes de la corte y seguido de una brillante escolta, había salido hasta Guadalajara, donde esperaba á su esposa. Llevada del deseo de conocer cuanto antes á su soberana y poder apreciar las noticias de su carácter para saber á qué atenerse, la princesa de los Ursinos se adelantó hasta Jadraque.

Dejamos dicho lo mal predispuesta que la Reina venía á causa de lo que acerca de la Princesa le habían dicho su tía la Reina-viuda y el abate Alberoni, mas á pesar de esto la recibió con gran afabilidad y cortesía.

Mal acostumbrada la Princesa, por el ascendiente que durante trece años había tenido sobre los Reyes, ó demasiado atrevida ó engañada por el tono afable y dulce con que la Reina la había recibido, se aventuró á hacerle algunas indicaciones sobre lo avanzado de la hora y el excesivo frío que se dejaba sentir, sobre la impaciencia con que su esposo la esperaba, y aún algunas indicaciones sobre el tocado.

La Reina, tal vez por resentimiento ó siguiendo indicaciones que se le hubieran hecho, ó porque realmente se sintió ofendida de la confianza que ya con ella se tomaba la Princesa, llamó en alta voz al jefe de la guardia, y con ademán altivo, le dijo:—«Sacad de aquí á esta loca que se ha atrevido á insultarme.»

Después dió orden para que en un coche fuera conducida inmediatamente fuera del reino. Amezaga, jefe de la guardia, se permitió hacerle algunas prudentes reflexiones acerca del mal efecto que podía causar aquella violenta medida, pero á todas ellas dió contestación la Reina preguntando si el Rey había mandado que se la obedeciera en todo, y como recibiera contestación afirmativa, dijo la Reina:—«Pues cumplid lo que os mando.»

Sin permitirle más compañía que una doncella y dos oficiales de la guardia, sin consentirle que cambiara de traje, ni que tomara ninguno, en un día de intenso frío en que apenas eran transitables los caminos á causa de la abundante nieve que había caído, la princesa de los Ursinos, que momentos antes era tan grande su valer y su confianza, emprendió la marcha á que se le obligaba hacia la frontera, poseída, al par que de la ira más grande, de una tranquila

resignación en la esperanza aún de que el Rey enviaría una contra-orden que dejara sin efecto la tan dura primera medida que había tomado la Reina.

Seguía haciendo jornada tras jornada, atarida de frío, sin cama donde descansar, y por más que procuraba ganar tiempo, era en balde, pues éste transcurría y no llegaba nadie que le revelara que aún existía algo del gran afecto que en todas ocasiones le había manifestado el Rey.

Ni una sola queja brotó de sus labios, cosa que por demás llamó la atención de los dos oficiales que la acompañaban, que estaban acostumbrados á tratarla con tanta consideración y deferencia como á la misma Reina.

Tres días llevaban ya de aquella dura y penosa marcha cuando fueron alcanzados por los sobrinos de la Princesa, el conde de Chalais y el príncipe de Lenti, portadores de una carta bastante fría é indiferente, en la que se le daba permiso para detenerse donde mejor le pareciera, al propio tiempo que se le hacía el ofrecimiento de que con toda regularidad se le satisfaría el pago de sus pensiones. Preguntó la Princesa lo que el Rey había hecho al tener conocimiento de su partida, y por sus sobrinos supo que aquella noche el Monarca la había pasado jugando á los naipes, que dos ó tres veces había preguntado si había llegado algun correo enviado por la Princesa, que siempre le habían contestado que no, y que no se había vuelto á ocupar de ella.

Con esto quedaron por completo defraudadas las esperanzas de la Princesa, pero ni un momento siquiera dejó de acreditar su altivez y firmeza de carácter, ni exhaló una queja ni vertió una lágrima; siguió su camino y llegó á San Juan de Pié, donde solicitó permiso para visitar á la reina-viuda de Carlos II, permiso que le fué negado.

Pasado algun tiempo, y por sus gestiones, diósele permiso para pasar á Paris, y allí vivió en casa de su hermano, el duque de Noirmontier. La primera caída de la Princesa fué el comienzo de una azarosa vida llena de tristezas y disgustos.

Cuando Felipe V se avino con el duque de Orleans, manifestó que las intrigas de la princesa de los Ursinos habían sido la causa de sus pasadas desavenencias, por lo que fué desterrada de la corte de Versalles, que á esto equivalía la prohibición que se le impuso de comparecer ante ninguno de los príncipes de la familia de Orleans. Pasó entónces á Holanda, y esta corte la recibió muy mal, pues no podía ser olvidada la mucha parte que en la dilación de la firma del tratado de paz habían tenido también las intrigas de la Princesa.

En Roma halló por fin un asilo en casa del pretendiente al trono de la Gran Bretaña, Jacobo Stuard, que tuvo en ella un gran maestro de política. En esta casa, de la que estuvo haciendo los honores durante mucho tiempo, murió en 1722, á la avanzada edad de ochenta y cinco años.

Un historiador moderno manifiesta el gran empeño en averiguar la intriga que fuera causa de la caída de la Princesa: la opinión más generalmente admitida, es la de que Luis XIV se mostró grandemente resentido por sus manejos en diferir la terminación de la guerra y la participación que tuvo en la negociación del matrimonio del Rey, así como también el resentimiento de madama Maintenon, favorita del abuelo del rey de España, que no podía ver sin justa indignación el desmedido orgullo de aquella mujer que hacía caso omiso de los beneficios y favores que tenía recibidos al encontrarse en el puesto elevado á que subiera por los mismos.

El mismo Felipe V se dice manifestaba enojos al conocer la desmedida ambición de la Princesa que, como sabemos, tuvo aspiraciones á compartir el trono con él, y también la joven Reina no podía olvidar que había tratado de deshacer el concertado matrimonio cuando tuvo conocimiento de que su carácter no convenía á sus intereses. Coxé manifiesta que en la caída de la Princesa no tuvieron parte las intrigas de Alberoni, y afirma que existía una carta del Rey en la que se aconsejaba á la Reina obrar de la manera que lo hizo.

Otro autor de aquel tiempo, con referencia al mismo asunto dice: «Ninguna acción en este siglo causó mayor admiración; como esto lo llevase el Rey en oscurro, hay quien dice que estaba de acuerdo en ello: no conviene entrar en estas cuestiones por no manosear las sacras cortinas que ocultan á la Majestad: dejaremos misterioso este hecho, y en la duda, si fué con noticia del Rey, y si la Reina traía hecha la ira y tomó el pretexto, ó si fué movida de las palabras de la Princesa. Nuestro dictámen es que se formó el rayo en San Juan de Pié de Puerto.» Indicando de esta manera que la reina-viuda D.ª Mariana de Ausburg fué la que instruyó á la joven soberana de lo que pasaba en la corte, de las murmuraciones y habillitas á que daba lugar la conducta de la Princesa, é indicándole al propio tiempo lo muy coveniente que le era prescindir de aquella ambiciosa.

El rey Felipe V ratificó su matrimonio en Guadalajara el 27 de diciembre de 1714, pasando luégo á Madrid, donde habitaron el palacio del Buen Retiro, y siendo recibidos con grandes demostraciones de júbilo y alegría.



J. SERRA LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, ET.

LA REINA ISABEL DE FARNESIO.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.